vueltas á hacer de nuevo. Por fortuna, lo que yo necesitaba no estaba tapado. Al día siguiente, la misma comedia; no estaba descubierto sino lac ara que miraba al Oeste, y esto no del todo. Sin embargo, me fué posible dibujar algunas figuras. Dos días después sólo se veía la parte superior de la estela. Estos debates procedían de que ciertos fellahs abrían las excavaciones con el fin de obtener un buen premio, mientras que otros las cegaban por envidia y celos de los anteriores.

»En este apuro, recurrió Fr. Liévin al bajá, quien se apresuró á cubrirnos bajo su protección. Dictó en seguida órdenes terminantes á los jefes de la aldea de Betania para que no nos molestasen, mandando además colocar un gendarme cerca de las excavaciones, con lo que pudimos continuar nuestras tareas con calma y tranquilidad.

»El fresco que yo había copiado con tanto cuidado había sido notablemente deteriorado por el contacto de los azadones y el frotamiento incesante de una tierra mezclada con piedras de todos tamaños. Por esta causa, habían desaparecido muchas letras de las inscripciones. Al ver esto, me apresuré á copiar todo lo que de ellas restaba, y fué una buena inspiración; pues durante una corta ausencia todo fué roto por una mano desconocida.»

Las excavaciones emprendidas para desembarazar el monumento, han encontrado en los indígenas toda suerte de obstáculos, que no han podido ser vencidos sino merced á la intervención del gobernador de Palestina. Su Excelencia Rauf-Bajá ha hecho á la ciencia en estas circunstancias un verdadero servicio que en manera alguna debe ser olvidado. A los competidores que se disputaban las excavaciones, decía en un fervor de justicia y patriotismo á la vez: «Dejad trabajar á Fr. Liévin que es una de las glorias de nuestra ciudad.»

VII

El rescate del monolito.—Las pinturas.—M. Ganneau. La Academia.

Dos años se pasaron de esta suerte. La estela, expuesta á la lluvia, al viento y al sol, se deterioraba continuamente. En

vano un bienhechor había dado el dinero necesario para su adquisición; los Franciscanos no podían adquirirla á causa de las querellas que tenían entre sí los que se decían sus propietarios. Uno de ellos propuso al fin cederla por cuarenta y seis mil francos, pero habiendo visto que los religiosos la rehusaban bajó el precio hasta catorce mil. El terreno fué comprado, pero por falta de fondos para continuar los trabajos hubo que volver á encubrir el monolito á fin de ocultarlo á la indiscreta devoción de los peregrinos. Por fin, en 1883, volvieron á emprenderse de nuevo las excavaciones con gran actividad, poniendo al descubierto, no solamente la preciosa roca, sino también los restos del antiguo santuario y de otras construcciones adyacentes. Hubiera querido Fr. Liévin devolverle desde luego su forma primitiva, pero oponiéndose á esta resolución el gobernador, tuvo que limitarse á restaurar la nave de la primitiva iglesia, que era en forma de rotonda.

La piedra sagrada está rodeada de una verja de hierro que permite ver muy bien las pinturas tan finamente ejecutadas. En las caras que miran al Norte y Sur, están representados el envío de los discípulos á Betfage y la resurrección de Lázaro. Las inscripciones que acompañan á estos frescos no dejan duda alguna sobre la fecha en que fueron ejecutados. Ellos nos trasladan al siglo XII, es decir, á una época anterior á aquella en que los musulmanes volvieron á apoderarse de Jerusalén. Conocemos, pues, de una manera inconcusa el punto mismo en que los cruzados localizaban el episodio evangélico de Betfage, consagrado por un edificio muy anterior á la decoración de la estela.

La relación de estos hechos tan interesantes, y los bellos dibujos del capitán Guillemot, fueron enviados, á petición de Fr. Liévin, á su amigo M. Clermont-Ganneau, ahora miembro del Instituto de Francia. Se hizo la lectura de dicha relación en una sesión de la Academia, la cual ordenó que se imprimiese. A consecuencia de esto, escribía el ilustre académico: «Los frailes latinos de Tierra Santa, cuya crítica es algunas veces un tanto benigna, son, no obstante, por regla general, custodios fieles de la tradición tal como se hallaba reconocida en tiempo de los cruzados.»

VIII

El fin de la peregrinación.

Después de esta digresión arqueológica, cuyo interés nos ha desviado un momento de nuestra piadosa excursión, unámonos de nuevo al devoto cortejo que hemos dejado en Betfage.

Desde allí se dirige procesionalmente al lugar de la Ascensión, cantando el *Te Deum*. En llegando al Santuario todo el mundo cae de rodillas, y después un Padre español canta el Evangelio, al que se añade la antífona de las segundas Vísperas de la Ascensión con su oración correspondiente. Después de haber venerado el santuario del Padre Nuestro, en donde se hace memoria de Nuestra Señora del Carmelo y de Santa Teresa, el cortejo vuelve á ponerse en marcha, y llega al sitio en donde Jesús, rodeado de sus discípulos, dirigió sus miradas sobre la pérfida ciudad y lloró amargamente sobre ella. Allí se canta de nuevo el Evangelio correspondiente á fin de recordar á todos los asistentes las terribles profecías que Jesucristo pronunció contra la ingrata Jerusalén. Esta reina de las ciudades ha perdido su corona, no siendo hoy sino una esclava miserable encorvada bajo el terrible peso de la maldición divina.

Dejando el *Dominus Flevit*, nos dirigimos á la Gruta de la Agonía. Un Padre recuerda que Jesús, á la entrada de esta noche solemne, en la que iba á ser entregado á sus enemigos, sintió de repente desfallecer su corazón y cubrirse su divino rostro, en el que desean mirarse los ángeles, de un sudor sangriento. Se besa este lugar regado con la primera sangre que el Redentor derramó en su Pasión amarga; se contempla con ternura que aquí es en donde Jesús mostró más claramente su pasibilidad, pues se turbó y doblegó bajo el peso del dolor, queriendo experimentar esta debilidad y flaqueza, remedio eficacísimo de todas las nuestras.

IX

Santa Ana.—La Francia.—Los Padres Blancos.

Al salir de la Gruta la procesión sube hacia la ciudad, y visita, como última estación, la iglesia de Santa Ana, en donde se canta una antífona á la Virgen. El viaje dura ocho horas y deja el cuerpo un poco extenuado, mas todas las fatigas que ocasiona se olvidan de buena gana en atención á las delicias espirituales que el alma experimenta.

Pocas tradiciones en Oriente están tan bien fundadas como la que fija en Jerusalén el lugar del nacimiento de la Virgen en la casa de Ana y de Joaquín, situada á pocos pasos del templo y próxima también á la piscina Probática. En las primeras edades del cristianismo, dicha casa fué transformada en iglesia, la cual fué reparada y adornada sucesivamente por Santa Elena, por el emperador Justiniano y por los cruzados.

Cuando los Franciscanos entraron en Tierra Santa, encontraron todavía en pie el monumento que atestiguaba la fe de los pasados siglos relativa al lugar del nacimiento de María. Ellos fueron los que perpetuaron hasta nuestros días tan piadosa tradición á través de tantas alternativas de paz y persecuciones por que han atravesado, yendo constantemente en ciertas fiestas de la Virgen á celebrar los divinos Misterios en la cripta de la antigua iglesia.

Con todo eso, el monumento estaba medio arruinado, y no pudiendo nuestros religiosos obtener del fanatismo musulmán el permiso para repararlo, todavía se consideraban felices cuando no se les prohibía completamente la entrada.

Al terminarse la guerra de Crimea, suscitada por la cuestión de los Lugares Santos, se dejaron desgraciadamente á un lado los grandes santuarios en litigio, y la Francia se contentó con la iglesia de Santa Ana que le dió Turquía. Como este edificio, aunque bien destrozado en el momento de la concesión, era el único que, edificado por los cruzados, subsistía entonces entero, el gobierno francés no ha creído hacer demasiado gasto destinando un millón para su reparación artística. Desde 1878

está al cargo de los *Padres Blancos*, cuyo Instituto fué fundado para las Misiones de Africa por Su Emma. el Cardenal Lavigerie. Estos han fundado allí también un Seminario para los griegos unidos, del que esperan mucho el realce del clero de este rito, ilustrado en otro tiempo por los Basilios y Gregorios.

CAPÍTULO XXV

SAN JUAN DEL DESIERTO

I

Los peregrinos indígenas.—El horno de cal.—El Profeta de los vivientes.—El Musulmán.

El 23 de Junio volvimos á emprender alegremente el camino de las montañas, y al tocar á mediodía entramos en el convento de Ain-Karem. Estaba ya completamente lleno, y si Fr. Daniel no nos hubiera reservado caritativamente una habitación, hubiéramos tenido que dormir al sereno como tantos otros.

El concurso en San Juan para la fiesta titular es tan grande como en Belén por el Nacimiento del Salvador, con la diferencia de que está formado de peregrinos indígenas. La devoción de los latinos á San Juan casi raya en fanatismo, y ni aun son ajenos á ella los mismos turcos. Estos, en efecto, veneran al Precursor bajo el título de *Profeta de los vivientes;* y cuando se suscita entre ellos algún litigio, basta que una de las partes jure en el Santuario que todo lo que dice es verdad para que la otra desista de sus pretensiones. No todos, sin embargo, le tienen el mismo respeto, como puede colegirse de la curiosa historia que los Padres nos han referido.

Cierto musulmán, impelido por su odio á los cristianos, se permitió un día quitar de la casa de Zacarías una piedra que se venera en la capilla de Santa Isabel, y la arrojó á un horno de cal. Apenas le hubo prendido fuego, cuando oyó una fuerte detonación, estalló el horno, y las piedras fueron lanzadas á lo lejos como otros tantos proyectiles. Al mismo tiempo se le apa-